

I

Habíamos estado hablando sobre Sam Scrope alrededor del fuego —conscientes, todos nosotros, de la norma de mortuis. Nuestro anfitrión, sin embargo, había permanecido en silencio, un poco para mi sorpresa, pues sabía que había sido particularmente cercano a nuestro amigo. Pero una vez nuestro grupo se hubo disuelto y me quedé a solas con él, avivó el fuego, me ofreció otro puro mientras aspiraba el suyo con aire reflexivo, y me explicó la siguiente historia:

Hace dieciocho años Scrope y yo visitamos Roma juntos. Era el comienzo de nuestra amistad y le había tomado cariño, tal y como suele suceder cuando un joven sensible y reflexivo conoce a otro dinámico, irreverente y sarcástico. Scrope sufría por aquel entonces del germen de las excentricidades —por no llamarlas de modo más severo—, lo que le convirtió posteriormente en un amigo de lo más insoportable, con quien sin embargo no llegamos a perder nunca la relación. Ya entonces era lo que se denomina una vara torcida; era cínico, perverso, engreído, obstinado y extraordinariamente inteligente. Pero era joven, y la juventud, felizmente, convierte en inocentes muchos de nuestros vicios. Scrope tenía sus virtudes; de no ser así, nuestra amistad no habría prosperado. No era un hombre afable, pero era honesto a pesar del curioso capricho que debo relatar, y la mitad del afecto que yo sentía por él estaba basado en la sensación de que en el fondo, a pesar de su vanidad, disfrutaba de su propia irritabilidad tan poco como el resto de la gente. Gustaba de aparentar indiferencia ante todo, y aquello que los viajeros sentimentales consideran pintoresco le abatía el ánimo. El mundo, no obstante, era nuevo para él y el encanto de las cosas delicadas le cogía a menudo por sorpresa, robándole una parte de su cinismo prematuro. Mi amigo, por lo demás, era un observador a pesar de sí mismo, un estudioso clásico y puntilloso. Cuando estaba de buen humor, gracias a su gran memoria y amplios conocimientos, resultaba ser también un excelente crítico y el más provechoso de los compañeros. El diario juvenil que yo guardaba por aquellos días rebosa de alusiones cultas: todas son de Scrope.

Durante mi experiencia romana me dejé guiar preferentemente por el libre sentimiento antes que por la rigurosa razón. De hecho, habíamos establecido un jocosos pacto entre nosotros mediante el cual, en nuestros paseos, ya fueran de asueto o de carácter arqueológico, yo debía hacerme cargo de toda la cuestión sentimental —los arrebatos, las reflexiones, los bocetos, las citas de Byron. Scrope consideraba que yo

era absurdamente byrónico y cuando, al igual que los turistas de la época, exhalaba por mi parte poéticos suspiros acerca del sometimiento de Italia al enemigo extranjero, él solía declarar que Italia no tenía sino lo que se merecía, que era una tierra de vagabundos y cuentistas, y que todavía tenía que encontrar a un italiano a quien pudiera considerar un hombre. Le cité un extracto de Alfieri, según el cual la “planta humana” crecía en Italia de forma más robusta que en ninguna otra parte, y él replicó que nada crecía fuerte allí salvo los engaños, la pereza, la mendicidad y los parásitos. Por supuesto, ambos decíamos más de lo que creíamos. Si nos encontrábamos en la campagna con un pastor que, apoyado en su cayado nos miraba de modo misterioso bajo la sombra de sus enmarañados rizos, yo proclamaba que era el hombre más hermoso del mundo y solicitaba a mi amigo que se detuviera y me permitiera dibujarlo. Scrope tomaba a este por un desaliñado espantapájaros y a mí por un poeta que dibujaba estupideces. En ocasiones, me detenía por la calle para contemplar algún decadente palazzo con un camisón remendado tendido en la ventana de la habitación principal, y aseguraba a mi compañero que su hechizado abandono me llegaba más hondo que la perfecta y cuadriculada fachada de la mansión ejemplar que mi tía Esther tenía en la calle Mount Vernon. Entonces, él me cogía del brazo y, arrastrándome lejos, me pellizcaba hasta que yo lograba liberarme de una sacudida, al tiempo que me abrumaba, a mí y a mi palazzo, con un absurdo torrente de impropiedades. La verdad era que la belleza de Italia, tanto en el hombre como en la naturaleza, le inquietaba y le deprimía de una forma extraña. Scrope era consciente de ser una nota malsonante en medio de tantas armónicas melodías; todo parecía decirle: “¿No desearías ser tan dócil, adorable y despreocupadamente bello como nosotros?”. En el fondo de su corazón, lo deseaba. Para apreciar la amargura de esta sorda hostilidad del entorno italiano, debes recordar que el pobre muchacho era muy poco agraciado. Era menos atractivo a los veinte años que a los cuarenta, pues cuando envejeció se puso de moda decir que sus rasgos torcidos eran “distinguidos”. Pero hace unos veinte años, en los albores de la estética moderna, no podría haber pasado ni por una extraña forma de belleza. En una palabra, el pobre Scrope tenía un aspecto común: allí era donde le apretaba el zapato. Ya sabes que en Italia casi todo tiene, en lo que a la sensibilidad externa se refiere, lo que los artistas llaman estilo.

A pesar de nuestras teorías encontradas, nuestra amistad en efecto maduró y pasamos muchas horas juntos, horas que estuvieron profundamente aderezadas por la sensación de juventud y libertad. Las mejores, quizás, fueron las que pasamos cabalgando por la campagna. ¿Recuerdas aquellos días de comienzos de invierno en los que el sol es tan intenso como el que brilla en junio en Nueva Inglaterra? ¿Recuerdas esas horas en las que los valles y las desnudas y esbozadas colinas color púrpura yacen bañados en la amarilla luz italiana? En un día como ese, Scrope y yo montamos sobre nuestros caballos en la explanada de hierba frente a San Juan de Letrán, y cabalgamos por los anchos prados por los que el Acueducto Claudio arrastra su pausada longitud, tropezando y desapareciendo aquí y allá a lo largo de su extensión, bajo el peso de los siglos. Cabalgamos una gran distancia —nos encontrábamos próximos a Albano— y nos detuvimos finalmente junto a un muro

ruinoso de poca altura, que parecía ser todo lo que quedaba de una antigua torre. ¿Era realmente antigua o se trataba de una reliquia de una de las numerosas fortalezas medievales que adornan el desierto herbáceo de la campagna? Esta era una de las preguntas que a Scrope, como competente clasicista, le gustaba considerar, si bien cuando le hice notar el pintoresco efecto de la hilera de plantas silvestres que coronaba el muro con sus translúcidos filamentos recortados contra el profundo cielo azul, se encogió de hombros y dijo que solo servían para que los ladrillos se derrumbaran. Amarramos nuestros caballos a una cercana higuera silvestre y paseamos alrededor de la torre. De pronto, en la parte soleada de aquella, descubrimos a alguien que dormía sobre la hierba. Un muchacho yacía allí, profundamente dormido, con la cabeza apoyada en un montón de piedras recubiertas de maleza. Una escopeta oxidada descansaba en el suelo junto a él, y una cercana alforja vacía revelaba que era un cazador desafortunado. Su profundo sueño parecía ser resultado de un largo e infructuoso paseo matinal. Sin embargo, o bien era bastante inexperto o se encontraba en muy poca necesidad, ya que la campagna es rica en caza menor todos los meses del año o así era entonces, hace veinte años. Lo menos que podía hacer dada mi reputación de byroniano era descubrir una elegancia despreocupada y jovial en la actitud del muchacho. Una de sus piernas se extendía sobre la otra y, mientras uno de sus brazos descansaba libre sobre la hierba, el otro se encajaba debajo de su cabeza. Esta caía hacia atrás, dejando al descubierto un cuello joven y fuerte. El sombrero le cubría los ojos, de manera que solo su boca y su barbilla quedaban a la vista.

—Un campesino americano dormido ofrece una imagen horrible —dije yo—, pero este joven patán romano, aquí roncando, es realmente majestuoso.

“Patán” era una forma de hablar, pues nuestro rústico Endimión, a juzgar por su vestimenta, era algo más que un simple campesino. El joven se dio la vuelta nerviosamente y murmuró algo mientras le observábamos de pie.

—No es justo que lo despertemos —dije, y pasé mi brazo por el de Scrope para alejarle; pero él se resistió, y percibí que algo le había llamado la atención.

En su cambio de postura, nuestro pintoresco amigo había abierto la mano que descansaba sobre la hierba. La palma, abierta, contenía un objeto de forma oval y color apagado, del tamaño de una pequeña caja de rapé.

—¿Qué tiene ahí? —pregunté a Scrope; pero este solo respondió inclinándose para mirarlo—. Creo que nos estamos tomando muchas libertades con este pobre hombre. Dejémosle que termine su siesta en paz.

Y estuve a punto de alejarme; pero mi voz le había despertado. Levantó la mano y, con el movimiento, el objeto que he comparado con una caja de rapé atrajo la luz y emitió un brillo apagado.

—Es una gema, recién desenterrada y recubierta de polvo —dijo Scrope.

El joven terminó de despertarse, echó su sombrero hacia atrás, se nos quedó mirando y se sentó lentamente. Se frotó los ojos para comprobar que no continuaba soñando, miró entonces la gema, si acaso lo era, introdujo la mano en su bolsillo de forma mecánica y nos dirigió una amplia sonrisa.

—¡Plácido y sereno temperamento italiano! —exclamé—. Un granjero de Nueva Inglaterra a quien hubiéramos molestado de esta forma se habría despertado de modo mucho menos elegante.

—Pondré a prueba su amabilidad —dijo Scrope—. Estoy decidido a averiguar lo que tiene ahí.

Scrope era muy aficionado a los pequeños bric-`brac y había registrado de arriba a abajo todas las tiendas de curiosidades de Roma. Era una rareza de entre sus múltiples rarezas, pero encajaba lo suficientemente bien con el resto de ellas. Lo que buscaba y valoraba en los viejos grabados y la porcelana antigua no era, por lo general, la belleza en la forma ni una asociación romántica, sino una confección paciente y elaborada, un cincelado elegante, un método diestro.

—Buenos días —dije a nuestro muchacho—, no teníamos intención de interrumpirle.

Tras desperezarse, se levantó y permaneció de pie ante nosotros observándonos bajo sus gruesos rizos, sonriendo todavía abiertamente. Había algo muy simple —ligeramente estúpido— en su sonrisa, y me pregunté si no sería algo retrasado. Era joven, aunque ya no era solo un muchacho. Sus ojos eran oscuros y serios, pero brillaban con una luz cordial, y sus labios entreabiertos mostraban el brillo de unos dientes blancos y fuertes. Su piel era de una profunda y delicada morenez, solo alejada de la vulgaridad por esa imprecisa y matizada palidez común entre los italianos. Tenía la complexión de un joven Hércules; era, en definitiva, un vagabundo tan apuesto como el que cualquiera pudiera desear para el primer plano de un bucólico paisaje.

—No se ha ganado su descanso —dijo Scrope, señalando la alforja vacía—, no tiene ningún pájaro.

Él miró hacia la bolsa y a Scrope, y se echó a reír al tiempo que se rascaba la cabeza.

—No deseo matarlos —dijo—. He sacado mi rifle porque es estúpido caminar con las manos vacías. Además, mi tío siempre se queja de que no hago nada. Cuando me ve salir de casa con mi escopeta piensa que tal vez, al menos, consiga mi cena. No sabe que el seguro está roto y que incluso si tuviera pólvora y disparase, el viejo trabuco no funcionaría. Cuando me entra hambre, duermo —y con su espléndida sonrisa dirigió la

mirada hacia su reciente lecho—. Puede que los pájaros se acerquen y se posen en mi nariz, pero no me despiertan. A mi tío no se le ocurre nunca preguntarme qué es lo que he traído para cenar. Es un hombre santo, vive de pan negro y de brotes.

—¿Quién es su tío? —pregunté.

—El padre Girolamo de Lariccia.

Miró nuestros sombreros y fustas; nos hizo unas cuantas preguntas acerca de nuestro paseo, de nuestras monturas y de lo que habíamos pagado por ellas. Inquirió asimismo sobre nuestra nacionalidad y nuestro modo de vida en Roma. Finalmente se alejó para acariciar a nuestros caballos y rascarles el hocico mientras pastaban.

—Guarda algo valioso allí —dijo Scrope, mientras paseábamos detrás de él—. Es obvio que lo ha encontrado en el suelo. La campagna está aún llena de tesoros.

Al dar alcance a nuestro nuevo amigo, este ocultó tras él su indistinguible botín y soltó una estúpida carcajada que puso a prueba la paciencia de mi amigo.

—Este tipo es un idiota —exclamó—. ¿Cree que quiero arrebatarle la piedra?

—¿Qué es lo que tiene allí? —pregunté amablemente.

—¿Qué mano desea? —preguntó él, todavía riendo.

—La derecha.

—La izquierda —dijo Scrope, dudando.

El joven revolvió un poco más detrás de él y acto seguido nos mostró su tesoro con un amplio gesto. Scrope lo cogió, lo limpió cuidadosamente con su pañuelo e inclinó sus ojos miopes sobre él. Dejé que lo examinara a su aire. Por mi parte, yo estaba más interesado en observar al sobrino del padre Girolamo. Permanecía de pie observando seriamente a mi amigo, que frotaba y raspaba la piedrecilla negra, y le sacaba brillo con su aliento. Finalmente, la sostuvo en alto poniéndola a la luz. El muchacho frunció el ceño y se rascó la cabeza. Trataba a todas luces de concentrar su atención en la delicada descripción que esperaba por parte de mi amigo. Cuando miré hacia este último, advertí que se había ruborizado violentamente y me incliné de inmediato para observar la piedra yo también. Esta era aproximadamente del tamaño de un huevo pequeño de gallina y tenía un color parduzco. Se mostraba sucia y recubierta de barro por llevar largo tiempo bajo tierra y una de sus caras era muy rugosa. Haciendo caso omiso a mis preguntas, Scrope continuó rascando y puliendo. Finalmente, preguntó en un tono seco:

—¿Cómo logró dar con esto?

—Lo encontré bajo tierra esta mañana, a unas dos millas de aquí —y el joven extendió la mano nerviosamente para recuperar la piedra.

Scrope se resistió un momento, pero tras pensárselo mejor se la entregó. Como un experto cazador, mostró instintivamente una actitud en apariencia indiferente. Nuestro compañero miraba fijamente la piedrecilla, dándole vueltas una y otra vez, y finalmente volvió a ocultarla detrás suyo con su risa simplona.

—Aquí hay una magnífica oportunidad —murmuró Scrope.

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué es? —requerí, impaciente.

—No me preguntes. Prefiero no dar forma a mis suposiciones en voz alta... es inmenso... si resulta ser lo que creo que es. Y aquí tenemos a este patán de risa tonta que lo reclama de manera prioritaria. ¿Qué debo hacer con él? Me gustaría golpearle en la cabeza con el extremo de su trabuco.

—Supongo que te lo venderá si le ofreces lo suficiente.

—¿Suficiente? ¿Qué sabe él lo que es suficiente? No sabe distinguir un topacio de un nabo.

—¿Es un topacio, entonces?

—Mantente en silencio y no menciones nombres. Debe venderlo por el precio de un nabo. Haz que te diga dónde lo encontró exactamente.

Nos lo contó, sin reparo alguno, sonriendo todavía de oreja a oreja. El muchacho había observado las marcas de un rayo reciente en una vieja encina solitaria. (Una semana de tiempo bochornoso impropio de la estación había en efecto culminado en una terrible tormenta eléctrica unos días antes). El rayo, adentrándose en el suelo, había abierto un profundo y recto orificio en el que se podría haber clavado una estaca. El árbol, resquebrajado, había muerto, quedando sus raíces a la vista.

—No sé porqué —dijo nuestro amigo—, pero al contemplar aquello introduje el cañón de mi viejo rifle en el agujero. Descendió un tramo y se detuvo con un extraño ruido, como si golpeará una superficie metálica. Lo empujé arriba y abajo, y escuché un sonido similar. Entonces me dije a mí mismo “Hay algo escondido ahí... quattrini, tal vez; veamos”. Utilicé una de las ramas astilladas de la encina a modo de pala. Excavé, rasqué y arañé y en veinte minutos pesqué una pequeña y oxidada caja metálica. Estaba tan enmohecida que la tapa y las paredes apenas eran más gruesas que una fina hoja de papel, y cuando les di un golpe se deshicieron. La caja estaba llena de

otros trozos de metal del mismo tipo, que parecían haber sido los compartimentos de un estuche. También contenía tierra húmeda, que había ido penetrando a través de los agujeros y las grietas. La piedra se encontraba en el centro, incrustada en la tierra y en el moho. No había nada más. Rompí la caja en pedazos y guardé la piedra. ¡Ecco!

Scrope, encogiéndose de hombros, se hizo de nuevo con el enmohecido tesoro y nuestro amigo, mientras se lo entregaba, declaró que tenía mil años de antigüedad. ¡Julio César lo había llevado en su corona!

—Julio César no llevaba corona, mi querido amigo —repuso Scrope educadamente—. Puede que tenga mil años, y puede que tenga diez. Puede que sea una... ágata, y ¡puede que sea sílex! No sé. Pero ¿no me la vendería por casualidad...? —y la lanzó tres veces al aire, recogéndola cuando caía.

—Creo que es una piedra preciosa —dijo el joven—. Uno encuentra aquí cosas valiosas cada día... ¿Por qué no me iba yo a tropezar con algo como cualquier otro? ¿Por qué el rayo cayó justo en ese lugar y no en ningún otro? ¡Fue enviado allí por mi patrón, el bendito San Angelo!

No era tan iluso después de todo; o más bien se trataba de una desconcertante mezcla de simplicidad e inteligencia.

—Si de verdad lo quieres —dije a Scrope—, hazle una oferta y acaba de una vez.

—“Acaba de una vez” se dice fácilmente. ¿Cuánto crees que aceptará como mínimo?

—Ignoro cual pueda ser su valor.

—Su valor no tiene nada que ver con el asunto. Hacer una estimación de lo que vale sería como volver a meterla en su agujero... él no tiene ni la más mínima idea de su posible estimación y no tiene por qué saberla nunca.

Meditando un instante, Scrope contó y arrojó sobre la hierba diez scudi de plata —el mismo número de dólares. Angelo —cuyo nombre conocíamos de forma implícita— los miró caer uno a uno pero no hizo movimiento alguno para recogerlos. No obstante, sus ojos se iluminaron; su simplicidad y su astucia debatían el asunto. El pequeño montón de plata era de lo más atrayente; no lo era, sin embargo, cerrar un mal trato. El joven miró a Scrope apelando en silencio a su justicia, lo que me conmovió profundamente. También conmovió a mi amigo en cierta manera, pues tras un momento de duda arrojó otro scudo. Angelo suspiró perplejo. Entonces, Scrope se dio media vuelta bruscamente y se dirigió hacia su montura. Al momento siguiente, ambos estábamos ya sentados sobre nuestras sillas. El joven continuaba contemplando su dinero.

—¿Está satisfecho? —preguntó mi compañero con aspereza.

Angelo sonrió de forma extraña.

—¿Tiene usted una buena conciencia? —preguntó.

—¡Váyase al diablo con su insolencia! —exclamó Scrope, profundamente sonrojado—. ¿Qué le importa a usted mi conciencia? —y espoleando vigorosamente a su caballo se alejó al galope.

Por mi parte, dirigí al joven un gesto de despedida con la mano y me alejé lentamente. Al poco, me volví en la silla para mirar hacia atrás. Angelo permanecía de pie, tal como lo habíamos dejado, mirándonos, con su dinero todavía intacto. Pero ¡por supuesto que lo recogería!

Cabalgué junto a mi amigo en silencio, cavilando acerca de su informal justicia. Era lo suficientemente joven como para arrugarme ante la idea de ser considerado un puritano o un sofista, pero me parecía intuir una falacia en la doble tasación del tesoro de Angelo que Scrope había llevado a cabo. Si era un trofeo para él, también debía serlo para nuestro amigo, y diez scudi —y uno más— era un exiguo pago para un trofeo. Me incomodó en cierta forma descubrir que, de entre todas las personas, tenía que ser el estricto Sam Scrope quien fuera capaz de una negociación que necesitaba de una ingeniosa explicación. Tal como fueron las cosas, mi amigo ofreció por fin su aclaración —medio enojado, como si supiera que su lógica era un tanto grotesca.

—¡Dilo, dilo, por amor de Dios! —exclamó—. Sé lo que estás pensando... que he engañado a ese iluso de cara bonita, ¿no...? ¡Y que, evidentemente, no soy mejor que un impostor! Deja que te diga de una vez por todas que no me avergüenzo de haber conseguido mi trofeo a ese módico precio. ¡Eran diez scudi o nada! Si hubiera ofrecido un penique más le habría abierto sus ojos soñolientos. Era una situación en la que había que dejar a un lado los escrúpulos y actuar. No se podía confiar en que ese tontaina conservara semejante trofeo por otra media hora; quién sabe qué habría sido de él. Lo rescaté en nombre del arte, de la ciencia y del gusto. Ni en sueños podría haber ofrecido el precio adecuado, ¿de dónde iba a conseguir diez mil dólares para comprar una fruslería? Digamos que hubiera ofrecido cien... nuestro pintoresco amigo, a pesar de su estupidez, ¡habría aguzado los oídos de inmediato y no habría soltado la pieza! Habría pedido tiempo para reflexionar y pedir consejo, y se habría apresurado a regresar al pueblo para preguntar a su tío, el astuto y viejo sacerdote, el padre Girolamo. Los sabios del lugar se habrían reunido en cónclave y habrían decidido... qué se yo, que debían viajar a Roma para ver al Signor Castellani, o al director de las excavaciones papales. Alguien entendido se habría enterado del asunto y habría informado al padre Girolamo de que su apuesto sobrino se podría casar con una contessina pues había sido guiado hacia un tesoro por medio de un milagro. Y cuando todo hubiera acabado, ¿dónde estaría yo después de tantos esfuerzos? Dada la situación, he hecho uso del sentido crítico y, considerando el asunto en su conjunto, he

tomado una decisión. Yo consigo mi trofeo y el ingenioso Angelo obtiene un mes de diversión, que disfrutará. ¡Que se vaya a dormir de nuevo y tenga dulces sueños! ¿Para qué quiere el dinero? ¡La riqueza le habría corrompido! He salvado además a la contessina, a quien estoy seguro que habría maltratado. Por eso, si todos estamos satisfechos, ¿qué sentido tiene tu pesimismo? Mi conciencia está tranquila, no soy ni más rico ni más pobre. No soy más pobre, porque contra mis once scudi prevalece el hecho de haber ofrecido un inofensivo regalo a un muchacho inocente; no soy más rico, porque —espero que entiendas— nunca tuve la intención de cambiar la piedra por dinero. Ahí es donde radica la delicadeza. No es nada más que una piedra, y todo el beneficio que obtenga de ella será ver cómo la gente abre los ojos y contiene la respiración cuando la haga brillar bajo la lámpara y les diga de qué piedra se trata.

—Entonces, ¿qué piedra es que sea capaz de justificar todo este desánimo? —pregunté impetuosamente.

Scrope rompió a reír alegremente para sí mismo y me dio unas palmaditas en el brazo.

—¡Pazienza! Espera hasta que la veamos una noche de estas bajo la lámpara y entonces la haré brillar y te lo diré. Primero debo estar seguro —añadió con una repentina seriedad.

Pero fue la euforia febril de su tono y no su seriedad lo que me llamó la atención. Comencé a odiar la piedra porque parecía haberle corrompido. La ingeniosa descripción de sus motivos dejaba algo en cierta forma sin explicar —algo casi inexplicable. Hasta en las naturalezas más sencillas y sanas hay rincones oscuros e intrincados repliegues morales. Scrope no era un ingenuo y, en virtud de su rebelde conciencia, se le habría podido considerar malsano. De esta forma, y en este caso particular, llegué a juzgar su injusticia como el fruto de una semilla maligna cuyo nombre me cuesta determinar. Todo en Italia parecía acusarle en silencio de su exigua habilidad para complacer, y la indefinible gracilidad de la naturaleza y del hombre le hablarían siempre al oído para decirle que era un cínico sobresaliente. Este era el motivo real de su intolerancia hacia mis raptos compasivos, motivo que le animaba a obsequiarse entonces y de una vez por todas con el sentido de una superioridad arrebatada, si no por las buenas, por las malas, a alguna delicada forma de fastidiosa felicidad italiana. Esta es una versión algo metafísica del asunto; en aquel momento imaginé el secreto, pero no lo verbalicé.

Scrope no llevó su piedra a ningún tasador ni pidió consejo arqueológico sobre ella. Se informó discretamente, como si lo hiciera por mera curiosidad, de los mejores métodos para limpiar, pulir y restaurar joyas antiguas y, provisto de delicadas herramientas y ácidos, cerraba con llave la puerta de su habitación y medía la grandeza de su tesoro. No le hice ninguna pregunta, pero le veía profundamente ensimismado y cada día parecía más convencido de que se trataba de una pieza única. Iba de un lado a otro silbando y tarareando peculiares trozos de canciones, como un amante que acaba de

ser aceptado. Siempre que le oía, me venía a la cabeza la repentina visión de nuestro amigo Angelo mirándonos fija e inexpresivamente mientras nos alejábamos a caballo como un par de raptos de una balada alemana.

Scrope y yo nos alojábamos en la misma casa, y una noche, al final de la semana, después de que me hubiera acostado, se acercó hasta mi habitación y me sacó del sueño sacudiéndome como si el edificio estuviera en llamas. Adiviné su objetivo antes de que lo expresara, y envolviéndome en mi batín me dirigí apresuradamente a su habitación.

—No podía esperar hasta mañana —dijo—, acabo de darle un último toque, ¡aquí la tienes, en su esplendor imperial!

Allí estaba, en efecto, bajo la lámpara, reflejando la luz desde su resplandeciente corazón, un espléndido topacio dorado sobre un cojín de terciopelo blanco. Puso una lupa en mis manos y me urgió a que tomara asiento en una silla cercana a la mesa. Observé que la superficie de la piedra estaba trabajada mediante un elaborado intaglio, pero no estaba preparado para la singular naturaleza de la imagen y la leyenda. En el centro aparecía una figura de cuerpo entero desnuda, que al principio tomé por una deidad pagana. Identifiqué entonces el orbe del soberano en una mano extendida, el cetro imperial cincelado en la otra, y la corona de laurel sobre la baja frente. Alrededor de la superficie de la piedra, cerca de los bordes, aparecía una cadena de figuras labradas —guerreros, caballos, cuadrigas, y muchachos y muchachas entrelazados en elaborada confusión. Sobre el conjunto de la imagen, en un friso cóncavo, se leía la inscripción:

DIVAS TIBERIUS CÆSAR TOTIUS ORBIS IMPERATOR

La ejecución era extraordinariamente delicada. Tras el potente cristal que yo sujetaba con la mano, las figuras revelaban la perfección y el acabado de los mármoles más famosos y antiguos. El color de la piedra era magnífico y, ahora que su pureza había sido restaurada, su tamaño se antojaba prodigioso. Era en todos los aspectos una gema entre las gemas, un tesoro de valor incalculable.

—¿No crees que merecía la pena levantarse para estrechar la mano del emperador Tiberio? —exclamó Scrope, tras observar mi sorpresa—. Pobres americanos decimonónicos como somos, y aun así se nos ha concedido nuestra audiencia. Arrodlílate, extranjero, ¡estamos ante una magnífica presencia! No he trabajado en vano día y noche con mis trapos y limas. He dejado los siglos sin efecto... he resucitado a un totius orbis imperator. ¿Te das cuenta, comprendes, palpita tu corazón contra tus costillas? Es evidente que no como debiera. Aquí es donde el César la llevaba, aburrido moderno... aquí, sobre su pecho, cerca del hombro, en un marco de oro tallado, rodeada de perlas del tamaño de ciruelas, juntando las dos partes de su rígida capa dorada. Era el broche de la púrpura imperial. ¡Tiemble, señor! —y

cogiendo la espléndida joya, la sostuvo ante mi pecho—. Ni dudas... ni objeciones... ni reflexiones... o seremos enemigos mortales. ¿Que cómo lo sé...? ¿en qué me baso? Simplemente, ¡tiene que ser así! Es demasiado valiosa como para haber sido ninguna otra cosa. Es el intaglio más hermoso del mundo. Me ha revelado su secreto. A lo largo de toda la semana pasada, mientras yacía aquí, me ha estado susurrando latín clásico durante horas.

—¿Y te ha dicho cómo fue a parar enterrada en esa caja de metal?

—Me lo ha dicho todo... más de lo que puedo contarte ahora. Por el momento conténtate con admirarla.

Y admirarla fue lo que hice durante un largo tiempo. Ciertamente, si la hipótesis de Scrope no era válida, debería haberlo sido, y si el emperador Tiberio no había llevado nunca el topacio en su capa, no por ello resultaba mucho menos imperial. El diseño, la leyenda, la forma de la piedra, eran todos signos evidentes de que la joya había tenido una gran importancia.

—Sí, desde luego —dije yo—, es el intaglio más bello de los que se conocen.

Scrope permaneció en silencio durante un momento.

—Di de los que no se conocen —respondió al fin—. Nadie debe saber de él nunca. Te pido que lo mantengas en secreto. No se lo enseñaré a nadie más... excepto a mi prometida, si algún día la tengo. Pagué por la posibilidad de que se convirtiera en algo grande. No podría pagar por la fama de poseerlo. Solo podría haber sido comprado con la fortuna de un príncipe. Ser conocido como el poseedor de uno de los intagli más bellos del mundo haría de mí un gran hombre, y no sería justo para nuestro amigo Angelo. Renunciaré a la gloria y conservaré mi tesoro por su simple valor artístico.

—Y ¿cómo expresarías ese simple valor artístico en scudi romanos?

—Es imposible. Fija la cifra que quieras.

Miré de nuevo el topacio dorado, brillante en su nido de terciopelo, y sentí que no podría haber fuerza alguna que ocultara semejante negación de la oscuridad.

—Te recomiendo que lo pienses dos veces antes de enseñárselo a tu prometida —dije al fin.

Ignoraba, cuando hablé, que mis palabras resultarían oportunas, pues había dado por hecho vagamente que mi amigo estaba destinado a prescindir de este elegante apéndice, de la misma forma que Peter Schlemihl, en el cuento, estaba condenado a no tener sombra. Sin embargo, antes de que hubiera transcurrido un mes, estaba en

camino de comprometerse con una joven encantadora. “El acercamiento es mucho”, dice Clough; especialmente, insinúa, el que se produce en países extranjeros, y en el caso de Scrope, este acercamiento resultó particularmente directo. Su prima, Mrs. Waddington, había llegado a Roma, y con ella una muchacha que, aunque no era pariente en realidad, le ofrecía todas las oportunidades que brindan los lazos de familia, añadidas al más lejano encanto de ser una joven a quien no conocía. Adina Waddington era la hijastra de su acompañante, quien ocho años antes se había casado con un viudo, padre de una niña. Mr. Waddington había fallecido recientemente, y las dos damas comenzaban a abandonar su luto riguroso. Estos oscuros símbolos de un dolor corriente las ayudaban a parecer unidas, como de hecho lo estaban realmente, si bien Mrs. Waddington era tan solo diez años mayor que su hijastra. Aquella era una mujer excelente, sin otro defecto que no fuera el de considerar que todo el mundo era tan bueno como ella, y el de hacer esperar en ocasiones para la cena por estar dibujando una puesta de sol. Era robusta y gozaba de un aspecto sano; se reía y hablaba ruidosamente y, por lo general, en las galerías y en los templos, era motivo de que más de un estirado cuello inglés se girase.

Mrs. Waddington tenía obsesión por las excursiones, y en Frascati y Tivoli impuso sobre diminutos burros su bien intencionada corpulencia con un deleite tal que parecía demostrar que una pasión por el paisaje, como todas las pasiones, es capaz de convertir al mejor de nosotros en alguien despiadado. A menudo había escuchado decir a Scrope que detestaba a las mujeres bulliciosas, pero perdonó a su prima su delicado entusiasmo y actuó en consonancia con su papel de escolta y consejero natural. Scrope no era egoísta en el vulgar sentido de la palabra y tenía una teoría muy concreta en relación a los sacrificios que un caballero debe realizar para seguir las normas de la buena educación, pero aun así me sorprendió la facilidad con la que las dos damas confiaron en su ayuda. La llave al misterio era la que abría tantas cerraduras: estaba enamorado de Miss Waddington. Esta gozaba de una dulce quietud que compensaba la exuberancia de la viuda. Me parecía que su bello nombre de Adina tenía una cierta correspondencia mística con su personalidad. Era de baja estatura, menuda y rubia, y su vestido negro proporcionaba una especie de esplendor infantil a su hermosura. Llevaba su cabello de color rubio rojizo anudado en centenares de bellas trenzas, como un peinado de un dibujo renacentista, y miraba el mundo desde unos serios ojos azules, en los que, tras una fría timidez, parecía brillar la trémula promesa de su franqueza una vez conociera a uno mejor. Nunca accedió a conocerme lo suficientemente bien como para mostrarse absolutamente sincera —hablaba muy poco y apenas intercambiábamos unas cuantas palabras al día—, pero confieso que encontré un encanto perturbador en aquellos ojos. Como todo ello transcurrió en silencio, no se produjo sin embargo daño alguno.

Scrope, en cambio, se aventuró a confesar su amor —o al menos, a sugerirlo de forma suficientemente elocuente. Yo no estaba tan enamorado como para sentir celos, y respiré de alivio cuando averigüé su secreto; hizo que mi opinión sobre él mejorara de nuevo. La actitud que mi amigo había adoptado respecto a la joya del

pobre Angelo, a pesar de mis esfuerzos para darle una justificación filosófica, había dado un incómodo giro a nuestra amistad. Me preguntaba a mí mismo si realmente Scrope no tenía corazón y llegué incluso a preguntarme si se encontraba en sus cabales. Pero he aquí que se presentó una pasión afectuosa, sana y natural que solo un hombre honesto podría sentir —una pasión que ningún hombre podría experimentar sin convertirse en alguien mejor. Comencé a albergar la esperanza de que la luz de sus delicados sentimientos derretiera su reticencia a entregar a Angelo aquello que le pertenecía. Su mente y sus sentidos estaban cautivados; durante un par de meses Scrope se olvidó por completo de sí mismo y dejó de utilizar su amarga agudeza como defensa de su poco agraciado rostro. Su felicidad raramente le hacía mostrarse, como se dice, afectuoso, pero me daba cuenta de que estaba enormemente satisfecho ante sus perspectivas. Más de una vez, cuando estábamos juntos, se reía de sus propios pensamientos de una forma nerviosa y extravagante, e interpreté, por su rechazo a compartirlos a cambio del penique que uno podría ofrecerle en semejantes circunstancias, que se trataba únicamente de la divertida sorpresa que sentía ante su buena suerte. ¿De qué manera había logrado agradar a esa exquisita criatura? Como era de esperar, la muchacha fue si cabe más reservada sobre su punto de vista del asunto. Mrs. Waddington y yo, sin embargo, al no estar enamorados el uno del otro, no teníamos otra cosa que hacer sino murmurar sobre nuestros compañeros siempre que (lo cual era muy a menudo) nos relegaban a un tête-à-tête.

—No me cuenta nada —dijo la jovial viuda—; y antes de dar la solución a un acertijo, tengo que verlo bien claro. Mi primo no es lo que se dice atractivo, pero aun así creo que Adina está interesada en él. ¿Cómo podemos usted y yo conocer la manera en que la pasión lo haya podido inspirar y transformar? ¿Y quién puede predecir lo que una soñadora muchacha es capaz de hacer con esa terrible y pequeña pieza de maquinaria que es su corazón? Adina es una muchacha especial; es extraña, pero no caprichosa. Por lo que sé, puede que admire a mi primo precisamente por su fealdad y su extravagancia. Muy probablemente ha decidido que desea un marido intelectual, y si bien Mr. Scrope no es atractivo, ni frívolo, ni extremadamente educado, hay una gran probabilidad de que sea sabio.

La razón por la cual Adina había tomado a mi amigo en consideración era, no obstante, asunto suyo, pero que le prestaba atención era un hecho, y lo hacía con un dulce afán que de seguro le había halagado y cautivado.

Por nuestra parte, raramente hablábamos del topacio imperial; no parecía ser un asunto al que referirse a la ligera. En verdad, puede que la piedra provocara cierta seriedad en quien la poseyera y él solo recuerdo de su lustre yacía como un peso en mi propia conciencia.

Cuando perdimos de vista a nuestro amigo Angelo, había presentido que, de una forma u otra, volveríamos a saber de él; pero las semanas transcurrían sin que reapareciera y mis conjeturas, en lo que concernía a las consecuencias del extraordinario trato que

el muchacho había llevado a cabo, continuaron sin respuesta. Llegó la Navidad, y con ella las ceremonias habituales. Scrope y yo tomamos las requeridas y enérgicas medidas —era un asunto, como sabes, de puños, codos y rodillas— y conseguimos asientos para las dos damas en la Misa del Gallo de la Capilla Sixtina. Mrs. Waddington se encontraba bajo mi especial cuidado y al salir nos dimos cuenta de que habíamos perdido de vista a nuestros compañeros entre la multitud. Esperamos durante un rato en la Columnata, pero no aparecieron entre los transeúntes y supusimos que habrían regresado a casa por su cuenta, esperando que nosotros hiciéramos lo mismo. Pero al llegar a casa de Mrs. Waddington descubrimos que no habían llegado todavía. Como su ausencia prolongada exigía una explicación, se me ocurrió que podían haber entrado en la Basílica de San Pedro con los otros asistentes a la misa, y que estarían contemplando el titileo de las velas en la oscura inmensidad de la iglesia. No era del todo adecuado que una muchacha se paseara a las tres de la madrugada con un joven muy “poco atractivo”; pero “después de todo”, dijo Mrs. Waddington, “ella es casi su prima”. Para cuando regresaron, ella era mucho más. Fui a casa, me acosté y dormí tanto como las campanas de Navidad me lo permitieron. Al levantarme, llamé a la puerta de Scrope para felicitarle las fiestas, pero cuando me abrió, me di cuenta de que esas banales felicitaciones no estaban a la altura de las circunstancias. Tras su regreso, mi amigo se había arrojado sobre la cobertura de la cama y se encontraba tan solo a medio vestir. Como imaginé, había visitado San Pedro con Adina y habían comprobado que las titilantes velas eran tan pintorescas como cabía esperar. Scrope se paseó nerviosamente durante unos instantes por la habitación, y advertí que deseaba decirme algo. Lo pronunció, al fin.

—Debo decirte que me ha aceptado. Estoy prometido. Soy lo que se dice un hombre feliz.

Como era de esperar, le deseé lo mejor para la ocasión y le aseguré, con ardiente convicción, que había elegido bien. Miss Waddington era la más adorable, pura e interesante de las muchachas. Pude ver que agradecía mi simpatía, pero le desagradaba expresarlo y se contentó, al tiempo que me daba la mano, con decir simplemente: “Oh sí; ella es la adecuada”. Dio dos o tres vueltas más alrededor de la habitación, pero entonces se detuvo repentinamente frente a su mesa de aseo y extrajo una bandeja del neceser. Allí descansaba el gran intaglio, más grande incluso de lo que me habría atrevido a presumir.

—Sería un bello regalo para una prometida —dijo, tras mirarlo fijamente por unos instantes—. ¿Cómo lo llevaría... cómo podría ponérselo?

—Solo podría haber una manera —repuse yo—; como un gran medallón, pendiendo de un collar. Es innegable que iluminaría mucho más el mundo sobre el pecho de una mujer hermosa que guardado aquí, entre tus cepillos y cuchillas. Pero, en mi opinión, solo un cierto tipo de belleza podría lucirlo adecuadamente... una belleza espléndida y morena, con la frente de una emperatriz romana y los hombros de una estatua

antigua. Una joven rubia y delgada de ojos azules y dulce sonrisa parecería estar de alguna forma sobrecargada con él, y si lo viera colgando, por ejemplo, alrededor del blanco cuello de Miss Waddington, tengo la impresión de que tiraría de ella hacia el suelo infligiéndole un misterioso dolor.

Creo que Scrope se molestó ligeramente por esta crítica tan elegantemente hilada, pero sonrió mientras recogía la bandeja.

—Puede que Adina no tenga los hombros de la Venus de Milo —dijo—, pero espero que si debe inclinarse lo baga por algo más importante que por esta chuchería.

No siempre voy a la iglesia el día de Navidad, pero sí tengo la vieja costumbre de dar un paseo solitario, bago el tiempo que haga, y reflexionar, si surgen, sobre asnillos cristianos. Estas eran unas Navidades meridionales, sin nieve en el suelo, ni el sonido en el aire de las campanillas de los trineos o el humo de las abarrotadas hogueras elevándose hacia un cielo frío y azul. El día era templado, casi cálido; el cielo se mostraba gris y sin sol. Si estaba dispuesto a abrigar pensamientos cristianos, confieso que los busqué entre recuerdos paganos. Me paseé por los foros y me dirigí entonces hacia el Coliseo. Este estaba vacío excepto por una única figura, que se sentaba en las escaleras al pie de la cruz, en el centro —un hombre aparentemente joven, que se inclinaba hacia delante, inmóvil, con los codos sobre las rodillas y la cabeza enterrada entre las manos. Como no se movió ni me observó cuando pasé cerca de él, me dije a mí mismo que, estando tan inmensamente absorto a la sombra del signo de la redención, tal vez pudiera pasar por una imagen de un juvenil arrepentimiento. Dado que no se movía en absoluto, me pregunté si no se trataría de una pasión más profunda que el arrepentimiento. De repente levantó los ojos, y reconocí a nuestro amigo Angelo —no inmediatamente, sino en respuesta a un movimiento gradual de reconocimiento en su propio rostro. Aunque habían pasado siete semanas desde nuestro encuentro, su aspecto era el de un hombre tres años mayor. Me pareció que había perdido peso y ganado expresión. Su sonrisa simplona había desaparecido; no había rastro de ella en la tímida desconfianza de su saludo. Parecía más serio, más viril y mucho menos rústico. Vestía prendas nuevas de corte ostentoso, aunque las llevaba de forma descuidada y aparecían salpicadas de barro. Recuerdo que llevaba una corbata de un encendido color naranja, que armonizaba admirablemente con su pintoresco aspecto. No había duda de que se hallaba muy alterado, tanto como si hubiera hecho un viaje alrededor del mundo. Le ofrecí mi mano y le pregunté si me recordaba.

—¡Per Dio! —exclamó—, claro que sí.

Incluso su voz parecía haber cambiado; era más rica y dura. Se le notaba resentido y me pregunté cómo se le habrían abierto los ojos, que fijó en mí con un mudo reproche, medio suplicante, medio amenazador. Resultaba obvio que tras reflexionar una y otra vez acerca de su exiguo trato, la sensación de error había llegado a transformarse en

una especie de abogado temor. Observé todo esto con compasión conmovedora, pues me parecía que se había desprendido de algo incluso máspreciado que su intaglio imperial: había perdido su inocencia infantil esa bucólica paz espiritual que le había llevado a dormitar tan elegantemente con su cabeza entre las flores. Sin embargo, y a pesar de su resentimiento, el muchacho conservaba su ingenuidad.

—¿Dónde está el otro... su amigo? —preguntó.

—Está en casa... se encuentra todavía en Roma.

—Y la piedra... ¿qué ha hecho de ella?

—Nada. Todavía la conserva.

Sacudió la cabeza tristemente.

—¿Me la devolvería por veinticinco scudi?

—Me temo que no. Le tiene mucho aprecio.

—Me lo creo. ¿Me permitirá verla?

—Eso debe preguntárselo a él. No se la enseña a nadie.

—Tiene miedo de que se la roben, ¿eh? ¡Eso prueba su valor! ¿No se la ha enseñado a un joyero... a un, cómo se dice... a un lapidario?

—A nadie, créame.

—Pero ¿la ha limpiado y la ha pulido? ¿Ha descubierto lo que es?

—Es muy antigua, es difícil de decir.

—¡Muy antigua! Por supuesto que es antigua. Tiene más años que los escudos que me proporcionó. ¿Cómo es? ¿Es roja, azul, verde, amarilla?

—Bueno, amigo mío —dije, tras unos momentos de duda—, es amarilla.

Me dirigió una mirada escrutadora. A continuación, exclamó rápidamente:

—Es un topacio.

—Efectivamente.

—Y está tallado... ¡eso pude verlo! Es un intaglio. Conozco los nombres, y he pagado suficiente por mi aprendizaje. ¿Qué es la figura? ¿La cabeza de un rey... de un papa, tal vez? ¿O el retrato de alguna bella mujer sobre la que baya leído?

—Es la figura de un emperador.

—¿De cuál?

—Tiberio.

—¡Corpo di Cristo! —su rostro se encendió, y sus ojos se llenaron de furiosas lágrimas.

—Bueno —dije yo—, veo que lamenta haberse separado de la piedra. Alguien le ha informado y le ha causado un disgusto.

—¡Todo el mundo, per Dio! Como el perfecto idiota que fui, no pude guardarme el desatino para mí. Me dirigí a casa con mis once scudi, pensando que nunca se me acabarían. Lo primero que hice fue comprar una horquilla dorada a un vendedor ambulante y regalársela a Ninetta... una muchacha de mi pueblo, de quien soy amigo. La puso entre sus trenzas, se miró al espejo, y entonces me preguntó cómo me había convertido en tan rico de repente. “Oh, soy más rico de lo que piensas”, dije yo, y enseñándole el dinero le conté la historia de la piedra. Ella es una muchacha muy inteligente, solo alguien muy astuto podría replicarle y salirse con la suya. Se rió en mi cara y me dijo que era un idiota, que la piedra valía seguramente quinientos scudi; que mi forestiere era un despiadado granuja y que debería haberla traído para enseñársela a mis mayores y amigos; en resumidas cuentas, que podía tomar su palabra de que había tenido una fortuna en mi mano y la había arrojado a los perros. Y, para terminar este dulce discurso, se quitó la horquilla y me la arrojó a la cara. No deseaba volver a verme nunca; antes se casaría de buen grado con un mendigo ciego en un cruce de caminos. ¿Qué podía decir? Ninetta tenía una hermana que era doncella de una elegante dama en Roma, una marchesa, quien poseía un valioso collar hecho de viejas y bellas piedras recogidas en la campagna. Me alejé con la cabeza baja y maldiciendo mi estupidez: arrojé mi dinero a la basura y lo pisoteé. Finalmente, para tranquilizarme, fui a beber una foglietta a la taberna. Allí encontré a tres o cuatro muchachos que conocía y los invité a varias rondas; odiaba mi dinero y quería deshacerme de él. Como era de esperar ellos también deseaban saber cómo me había llenado los bolsillos. Les conté la verdad. Esperaba que sus comentarios fueran más esperanzadores que los que me dio la bruja de Ninetta, pero golpearon la mesa con sus vasos y se burlaron de mí en grupo. Cualquier burro que estuviera pastando y que hubiera encontrado semejante tesoro con su hocico lo habría tomado entre sus dientes y lo habría llevado a casa de su dueño. Poco consuelo hallé en estas palabras y ahagué mi rabia en el vino. Vacié una botella tras otra, y por primera vez en mi vida me emborraché. Pero ¡no puedo hablar de aquella noche! Al día siguiente cogí lo que quedaba de mi dinero y se lo entregué a mi tío, quien lo miró fijamente y me dijo que

esperaba que lo hubiera conseguido de forma honesta. Le pedí que lo donara a los pobres, que comprara velas nuevas para su iglesia, o que dijera misas para la redención de mi alma blasfema. Me sentí con ánimos y le conté la historia también a él. Me escuchó en silencio, mirándome a través de sus lentes. Una vez hube terminado, revolvió el dinero entre sus manos y se sentó por unos minutos con los ojos cerrados. De repente, lo arrojó de nuevo hacia mí. “Guárdalo... guárdalo, hijo mío”, me dijo, “tu inteligencia nunca te dará de comer, ¡aprovecha lo que tienes!”. Desde entonces, como puede imaginar, he estado como loco. No puedo pensar sino en la fortuna que he perdido.

—¡Oh, una fortuna! —dije desdeñosamente—. Exagera usted.

—Habría sido una fortuna para mí. Una voz me habla continuamente al oído noche y día, diciéndome que podría haber conseguido cien scudi.

Me temo que me sonrojé; me alejé un momento y cuando miré de nuevo al joven su rostro se mostraba encendido.

—¿Tiberio, eh? Un emperador romano esculpido en un gran topacio... ¡esa es fortuna suficiente para mí! Su amigo es un granuja... ¿lo sabe? No lo digo por usted; su rostro me agrada y creo que, si pudiera, me ayudaría. Pero su amigo es un pequeño y feo monstruo. No sé por qué demonios confié en él. Vi que no me quería bien. Si hubo alguna vez alguien inofensivo, ese era yo. ¡Ecco! Es mi destino. Está bien que lo diga; lo digo y lo repito, pero decirlo me ayuda tanto como un vaso vacío pueda apagar la sed. Ya no soy inofensivo. Si me encuentro a su amigo y rechaza hacerme justicia, no responderé de estas dos manos. Como ve... son fuertes; ¡podría estrangularle fácilmente! Oh, primero hablaré con él educadamente, pero si me desprecia y me responde con maldiciones en inglés, ¡pensaré únicamente en mi venganza!

Y con un gesto vehemente se deshizo de su sombrero y lo arrojó al suelo. Permaneció de pie limpiándose las gotas de sudor de la frente.

Le respondí brevemente, pero de forma suficientemente educada y le dije que dejara el caso en mis manos, que regresara a Lariccía y que intentara encontrar una ocupación que le distrajera de su agravio. Confieso que incluso cuando le di este respetable consejo solo lo creía a medias. El deber del pobre Angelo no era llegar a la virtud a través de la tribulación. Su naturaleza indolente, activa únicamente por el sentimiento inmediato, habría encontrado mi prescripción de trabajo sano más intolerable incluso que su agravio. Se quedó mirándome tristemente y no respondió, pero reconoció que mi interés por él era sincero y me prometió que, al menos, abandonaría Roma y confiaría en que iba a defender su causa con imparcialidad. En el caso de que tuviera buenas noticias debía dirigirme a él en Lariccía. Así fue como supe su nombre y apellido —un nombre, ciertamente, que debería haber sido para su portador una especie de talismán contra los problemas—, Angelo Beati.

II

Sam Scrope se mostró profundamente molesto cuando comencé a explicarle mi encuentro con nuestro amigo, y advertí que en su corazón todavía le quedaba un fondo de inquina, intensamente hostil a la imparcialidad. Era propio de su peculiar carácter que su felicidad de amante aceptado no le hubiera predispuesto a elegantes concesiones. Consideraba su dicha como algo estrictamente privado y estaba tan poco dispuesto a esparcir su influencia como lo habría estado de donar a la caridad el plato sin terminar de una selecta cena.

Aun así, creo que él podría haber admitido de forma algo reticente que había un punto de razón en la reclamación de Angelo si yo no hubiera sido tan imprudentemente preciso en mi relato de nuestro encuentro. En efecto, me había quedado impresionado por el llamativo y trágico estado en el que había encontrado al pobre chico y, para hacer justicia a la escena, di cuenta de cómo había arrojado su sombrero al suelo a modo de desafío y de cómo habló de su venganza. Al escucharlo, Scrope se mostró ferozmente indignado y dictaminó que Angelo era un mequetrefe teatral, si bien me permitió que le escribiera unas líneas para decirle que hablaría con él un par de días más tarde. Me sorprendió que accediera a verle, pero percibí que estaba haciendo un esfuerzo consciente para no eludir ninguno de los aspectos desagradables del asunto.

—No permitiré que patalee y grite aquí en nuestra casa —dijo—. Le veré también en el Coliseo.

Terminó de escribir y envié a Lariccia sus tres líneas de incorrecto pero educado italiano.

Habría sido mejor —muchísimo mejor— que no se hubieran visto nunca. Scrope me pidió a su regreso que le excusara de repetir lo que había ocurrido entre ellos; tan solo me hizo saber que consideraba a Angelo un mocoso desvergonzado y que esperaba no volver a saber de él nunca más. Le pregunté si nuestro amigo había recibido, al fin, algún tipo de compensación. “¡Ni un céntimo!”, exclamó Scrope, y abandonó la habitación. Evidentemente los dos jóvenes habían sido una fuente de inagotable y mutua ofensa. Angelo había prometido hablarle de forma honesta, y me inclinaba a pensar que había sido así; pero el mero cambio en su aspecto, por el que parecía haber desafiado la simpatía de mi amigo de una forma en exceso categórica, había producido el irritante efecto de una amenaza. Scrope se había mostrado desdeñoso, y su italiano torpe y descortés sin duda le había hecho parecerlo más. Uno no puede tratar a los italianos con desprecio; aquellos que los conocen han aprendido lo que puede conseguirse mediante unas concesiones moderadas y superficiales. Angelo había respondido de forma airada y, como supe más tarde, había exigido su derecho a la restitución del topacio a cambio de la suma que había recibido. Scrope replicó que si utilizaba ese tono no obtendría nada en absoluto, a lo que el ofendido joven contestó

mediante imprudentes e insultantes amenazas. Ignoro lo que les impidió recurrir a los puños; por parte de mi amigo, al menos, no había el menor rastro de arredramiento. Al parecer, Angelo no había considerado tan fácil el estrangular a Scrope teniéndolo cara a cara, y esa pequeña dosis de discreción que suele mezclarse en todas las pasiones italianas había aconsejado al joven que pospusiera su venganza. Sin embargo, y sin adoptar un punto de vista melodramático de los acontecimientos, tuve la impresión de que Scrope corría un gran riesgo. No tenía tal vez una certera visión de un asesino envuelto en una capa acechando bajo un oscuro pasaje, pero creía absolutamente posible que Angelo pudiera convertirse en alguien sumamente desagradable. El simple hecho de que fuera contando su historia por toda Roma a quien quisiera escucharle podía ser una seria molestia; aunque de hecho Scrope tenía la ventaja de que la mayoría de la gente no creería en la existencia de una gema sobre la cual su propietario estaba tan poco dispuesto a presumir. La situación en sí, de todos modos, me producía un serio nerviosismo. Maldecía un día a mi compañero por ser más ambicioso que el judío Shylock, y le compadecía al siguiente por ser la víctima de un espejismo moral. Si le diéramos tiempo, entraría en razón y compensaría con creces al pobre Angelo. Mientras tanto, sin embargo, yo no podía hacer nada porque sentía que era más que inútil sugerir a Scrope que se encontraba en peligro. Se habría burlado de la idea de que un italiano chismoso pudiera alejarle un milímetro del camino que había escogido.

Soy incapaz de decir si la “imprudencia” de Angelo había parecido descargar a mi amigo, en general, de su intención de ocultar el intaglio; de todos modos, unas pocas palabras de Miss Waddington un par de noches más tarde, me recordaron la excepción que en un principio había hecho a su promesa. Mrs. Waddington estaba sentada al piano, descifrando una nueva pieza musical, y Scrope, aficionado a los enigmas y como si de uno se tratara, simulaba medio en broma supervisarla y corregirla.

—Lo he visto —me dijo Adina, con ojos serios y dilatados—; he visto el maravilloso topacio. Me ha dicho que usted conoce el secreto. No quiso relatarme cómo se hizo con él. Espero que fuera de forma honesta.

Traté de reírme.

—No debe analizar demasiado detenidamente la honestidad de los cazadores de antigüedades. Según su código, apenas si es deshonesto hacerse con un desprendido camafeo o una caja de rapé utilizando los medios que un carterista emplearía para conseguir un monedero.

Ella me miró con una tímida sorpresa, como si hubiera hecho realmente una broma cruel.

—El dice que uno de estos días debo llevarlo a modo de medallón —continuó—. Sin embargo, no lo haré. La piedra es hermosa, pero me sentiría muy incómoda llevando al

emperador Tiberio tan cerca de mi corazón. ¿No fue uno de los emperadores malvados... uno de los peores? Es casi impuro heredar de forma tan directa algo que él miró y tocó. En mi opinión su imagen desvirtúa en cierta forma la belleza de la piedra y estoy muy agradecida de que Mr. Scrope la guarde fuera de la vista.

Esta me pareció una disposición muy favorecedora en un ángel rubio originario de Nueva Inglaterra.

Los días transcurrían y la venganza de Angelo todavía se hacía esperar. Scrope nunca se encontró con su destino al torcer una de las oscuras calles de Roma; regresaba puntualmente a casa cada noche a las once. Por mi parte me preguntaba si nuestro pensativo amigo había consumido ya la siniestra fuerza de una naturaleza formada para ser perezosamente satisfecha. Eso esperaba, pero me equivoqué. Una tarde habíamos ido a pasear —las damas, Scrope y yo— por la encantadora Villa Borghese y, para escapar del ruido del mundo moderno y de su ajetreo, nos habíamos alejado hasta una esquina poco frecuentada donde un viejo muro enmohecido, unos esbeltos y negros cipreses y la hierba salvaje constituían bajo el espléndido cielo romano la más armoniosa de las imágenes. No muy lejos había un hemiciclo de piedra recubierto de musgo y unos bancos resquebrajados con pies de grifo, donde uno podía sentarse a conversar observando cómo los lagartos correteaban al sol. Llevábamos allí una media hora cuando Adina avistó la primera violeta del año brillando a los pies de un ciprés. Se levantó apresuradamente para recogerla, y entonces se alejó, con la esperanza de encontrar algunas más. Scrope estaba sentado y observaba cómo la muchacha se distanciaba lentamente, siguiéndole su sombra de cerca sobre la hierba mientras inclinaba su cabeza hacia uno y otro lado en su encantadora búsqueda. Sé que si mi amigo no se unió a ella no fue porque no sintiera un impulso de hacerlo, sino porque adoraba observarla desde donde se sentaba. Su búsqueda la alejó una cierta distancia y finalmente la muchacha se perdió de vista tras una curva del muro de la villa. Mrs. Waddington sugirió entonces que la alcanzáramos, y fuimos hacia ella. No habíamos recorrido mucho camino antes de que Adina reapareciera, mirando por encima de su hombro mientras se dirigía hacia nosotros con apariencia de contenida perturbación. En seguida percibí que alguien la seguía; había un hombre muy cerca detrás de ella —un hombre en quien, con una segunda mirada, reconocí a Angelo Beati. Adina estaba pálida; era evidente que algo había ocurrido entre los dos. Para cuando la joven se reunió con nosotros, ya nos encontrábamos cara a cara frente a nuestro amigo, cuyo rostro se mostraba asimismo demacrado. En contraste con esas dos palideces, Scrope había enrojecido violentamente. Temí que se produjera un enfrentamiento y me acerqué a Angelo para impedirlo. Pero para mi sorpresa, este tenía otros planes. Dirigió a cada uno de nosotros el turbio brillo de sus ojos y suspendió su mano en el aire como diciendo en respuesta a mi muda acusación, “Déjenme solo, sé lo que hago”. Intercambié una mirada con Scrope, urgiéndole a que se fuera con las damas y me dejara tratar con el intruso. Miss Waddington se detuvo y contempló a Angelo con una discreta atención. Su prometido, para alejarla, la tomó del brazo de forma casi brusca, y al retirarse junto con él pude ver cómo la muchacha se sonrojaba levemente. Mrs.

Waddington, ignorante de cualquier malevolencia, no vio otra cosa que un atractivo joven.

—¡Qué maravillosa criatura para un boceto! —escuché que exclamaba mientras seguía a su hijastra.

—No voy a hacer nada —dijo Angelo con una oscura sonrisa—. ¡No se asusten! Sé lo que son los buenos modales. En estas tres semanas que llevo rondando en Roma he aprendido a hacerme pasar por un caballero. ¿Quién es la muchacha?

—Mi querido amigo, no es asunto suyo. Espero que no haya tenido la osadía de hablarle.

Angelo permaneció en silencio por unos momentos, observando a la joven conforme se alejaba del brazo de su acompañante.

—Sí, hablé con ella... y me entendió. No se preocupe, no dije nada que no debiera oír. Pero tal como fueron las cosas, lo entendió. Es la amiga de su amigo; lo sé. Les he estado observando durante media hora tras aquellos árboles. Es maravillosamente hermosa. Me despido, no les deseo mal alguno, pero díglele a su amigo que no le he olvidado. Solo espero mi oportunidad, y creo que llegará. No deseo matarle, ¡quiero proporcionarle un dolor al que pueda sobrevivir y pueda sentir para siempre!

Comenzó a alejarse, pero se detuvo y miró a mis compañeros hasta que desaparecieron.

—Al final tiene algo más que su parte de buena suerte —dijo, con una especie de forzada frialdad—. ¡Un topacio... y una perla! ¡Los dos al mismo tiempo! ¡Adiós!

Y se alejó rápidamente, agitando la mano. Dejé que se marchara. Me sentía insatisfecho, pero su inesperada sobriedad me dejó sin nada que decir.

Cuando tiene lugar un acontecimiento sorprendente, tendemos a perder una gran cantidad de tiempo intentando recordar las señales y los presagios precisos que le precedieron, y cuando parece haber menos de los que debería, no tenemos escrúpulo alguno en imaginarlos... los inventamos después de lo que ha pasado. No pretendo por tanto estar seguro de que, a partir de ese momento, algo extraño me llamara especialmente la atención en nuestra callada Adina. Ella siempre me había parecido extraña de una forma imprecisa e inocente; parte de su encanto residía en que en el transcurso silencioso y cotidiano de su vida, un místico zumbido parecía murmurar: “¡No me conocéis en absoluto!”. Tal vez nosotros, tres prosaicos mortales, no éramos dignos de conocerla; pero creo que si un experimentado hombre de mundo me hubiera confesado un día, tomando una copa de vino después de que Miss Waddington se hubiera retirado discretamente de la mesa, que allí había una joven que más tarde o

más temprano proporcionaría a sus amigos una sorpresa de primera clase, habría apoyado un dedo sobre su manga y le habría dicho con una sonrisa que había verbalizado mis propios pensamientos. ¿Permanecía Adina más callada de lo que era habitual en ella? ¿Se encontraba inquieta, melancólica o alterada? De alguna forma extraña, tuvo que haber pasado por todas estas experiencias, pero de hecho, para el ojo ajeno seguía siendo una bellísima muchacha rubia, que sonreía más de lo que hablaba y que aceptaba la devoción de su prometido con un recato encantador que sabía mucho más a humildad que a condescendencia. Me parecía inútil informar a Scrope sobre la declaración del joven italiano, según la cual él había hablado con ella, y el pobre Sam nunca me confesó si había llegado a preguntar a Adina porque albergara la sospecha, ni si ella le había dado alguna explicación al respecto. Por mi parte estaba seguro, sin embargo, de que la muchacha y su prometido habían intercambiado algunas preguntas y respuestas, y me pregunté a mí mismo qué demonios habría querido decir Angelo al apuntar que ella le había entendido. ¿Qué había entendido? Desde luego, no la historia de cómo Scrope se había hecho con la joya. Era evidente —aunque improbable— que Angelo había tenido tiempo de contársela, pero resultaba extraño que Adina no hubiera solicitado con franqueza una explicación. Rompí el hielo por fin y le pregunté a Scrope si suponía que Miss Waddington tenía motivos para asociar el gran intaglio con el atractivo joven que se había encontrado en la Villa Borghese.

Mi pregunta le ocasionó un visible malestar.

—¿Atractivo? —masculló—. ¿Te dijo que lo consideraba atractivo?

—En absoluto. ¡Pero lo es! Al menos debes permitirle eso.

—No se había peinado en una semana, si eso es lo que quieres decir. Pero es un encanto que dudo que Adina aprecie. De lo que no hay duda —añadió tras una pausa—, es de que ha cogido al topacio una manía incomprensible. Afirma que el emperador Tiberio lo desvirtúa. Eso es llevar las antipatías históricas demasiado lejos: imaginaba que nada podría estropearle una joya a una hermosa mujer. Parece que ese granuja habló con ella —dijo finalmente.

—¿Qué le dijo?

—Le preguntó si estaba prometida para casarse conmigo.

—¿Y qué le respondió ella?

—Nada.

—Imagino que estaba asustada.

—Puede que lo estuviera, pero lo niega. Él le suplicó que no tuviera miedo; le dijo que era un pobre tipo inofensivo que buscaba justicia. Ella se fue sin hablarle. Le dije que estaba loco... lo que es cierto.

—¡Posiblemente! —repliqué.

Entonces, como un último intento, añadí:

—Sabes que no sería del todo mentira decir que no estás completamente cuerdo. Eres muy imprevisible en lo que concierne al topacio. La obstinación, llevada más allá de un cierto punto en determinadas circunstancias, se parece peligrosamente a la locura. Tengo por seguro que si fuera posible razonar con una mula, la obstinación de cualquier persona a quien se comparase con dicho animal parecería aún mayor.

Scrope me sonrió fríamente.

—Niego tus acusaciones. Si estoy loco, reclamo el privilegio que tienen los locos de creermelo sano de una forma peculiar. Si deseas sermonearme, deberás hacerlo en un momento en el que me encuentre lúcido.

El aliento de la temprana primavera en Roma, aunque mágico en su visible influencia sobre la oscura y vieja ciudad, pone a prueba a menudo la salud del visitante extranjero, y tras quince días de ininterrumpido siroco, el delicado ánimo de Mrs. Waddington comenzó a decaer. Como es lógico, temía contraer “la fiebre” y se apresuró a visitar a un médico. Este la tranquilizó diciéndole que únicamente necesitaba un cambio de aires y le recomendó que pasara un mes en Albano. Por consiguiente, ambas damas se dirigieron hacia allí, acompañadas de Scrope. Mrs. Waddington me instó amablemente a que fuera con ellos, pero fui retenido en Roma por la llegada de unos parientes para quienes debía hacer de cicerone y solo pude prometer que haría alguna visita esporádica a Albano. Mi tío y sus tres hijas eran unos espléndidos turistas y me dieron mucho que hacer. Sin embargo, al final de la semana fui capaz de cumplir mi promesa. Averigüé que mis amigos se alojaban en la hostería, y que las dos damas ponían todo su esfuerzo en combinar la percepción de sucios suelos de piedra y de un arrugado mantel amarillo con la extática contemplación, desde sus ventanas, de la grande y brumosa llanura de la campagna, que recuerda al mar. Vistas aparte, Scrope y las damas estaban disfrutando de unos días deliciosos. ¿Recuerdas lo maravilloso del lugar y lo pintoresco de las inmediaciones, con extraños y antiguos pueblos de montaña? El campo rebosaba de flores tempranas y de verdor, y mis amigos hacían vida al aire libre. Mrs. Waddington tomaba apuntes con sus acuarelas, Adina elaboraba ramos de flores silvestres y Scrope rondaba entre ambas con satisfacción —no sin una ocasional y franca crítica en el uso que Mrs. Waddington hacía de los colores, o de las combinaciones de narcisos y ciclámenes que realizaba Adina. Todos me parecieron muy felices y, sin malicia, me sentí casi tentado de preguntarme si el regalo más codiciado de los dioses no es una

inquebrantable convicción de la propia impecabilidad. Pero incluso un amante con una mala conciencia puede ser llevado con engaño a la desconfianza en castigo a la innegociable dulzura de una presencia en su vida como la de Adina Waddington.

Pasé la noche en Albano, pero como me había comprometido con mis hermosas primas a ir a una funzione en Roma a la mañana siguiente —llamarlas “hermosas” es retórico, si bien eran unas muchachas excelentes— estuve obligado a madrugar y partir al amanecer. Scrope se había ofrecido a acompañarme parte del camino y regresar a la hostería antes del desayuno, pero rehusé aceptar un favor tan oneroso y partí solo en la temprana semioscuridad. Una destartalada diligencia se encargaba de hacer el recorrido a través de la campagna y esperaba su carga en la oficina de correos, hasta donde debía aproximarme dando un breve paseo de cinco minutos. Salí por el pequeño jardín de la hostería, pues así me ahorrraba algunas escaleras. Al escuchar mis pasos sobre la gravilla, una figura se levantó lentamente de un banco al pie de una mutilada y sombría estatua, y me hallé contemplando frente a frente a Angelo Beati. Le saludé con una exclamación, que fue prácticamente un desafío al derecho que tenía a encontrarse allí. Él permaneció de pie mientras me miraba fijamente, con una extraña sonrisa, desafiante y desenvuelta. Al fin, en respuesta a mi insistente pregunta acerca de lo qué demonios estaba haciendo allí, respondió que suponía que tenía derecho a pasear en el jardín de un vecino.

—¿Un vecino? —pregunté yo—. ¿Cómo...?

—¡Eh, per Dio! ¿No vivo en Lariccia? —y emitió una risa simplona muy similar a la que utilizó cuando lo despertamos de su profundo sueño en los prados.

Había estado tan ocupado en ausencia de mi amigo, que nunca se me había ocurrido que Scrope se hubiera alojado en las mismas fauces del enemigo. Pero empecé a creer que, después de todo, el enemigo era muy inofensivo. Si Angelo limitaba sus maquinaciones a sentarse en los alrededores de fríos y húmedos jardines en horas en las que se arriesgaba a contraer la malaria, Scrope no sería el primero en sufrir. Al principio me había imaginado que su sentido del agravio había hecho de él un hombre, pero todavía parecía rondarle una especie de inutilidad romántica. Su dolorosa resolución hacia la madurez había durado tan solo un día, lo que le convertía de nuevo en un irresponsable holgazán de la Arcadia. Sin embargo, debía tener una salud de hierro para desafiar el rocío romano de ese modo.

—Usted vino aquí por un motivo —dije—. Debe ser muy importante para justificar el que pase las noches al aire libre de forma tan necia. Si no tiene cuidado contraerá la fiebre y morirá, y con eso se acabará todo.

Pareció agradecido por mi interés en su salud.

—No, no, signorino mio, no contraeré la fiebre. Tengo una fiebre aquí —y se golpeó el

pecho— que me protege de la otra. Tuve mis razones para venir aquí, pero usted nunca las adivinará. Déjeme tranquilo, ¡no voy a hacerle daño! Ahora que el día comienza debo irme, no deben verme.

Lo agarré del brazo, le miré fijamente y traté de averiguar sus intenciones. Sus ojos me miraron con franqueza mientras soltaba una satisfecha carcajada. Cualquiera que fuera su secreto, no se avergonzaba de él, y advertí con algo de satisfacción que aquello le estaba enseñando a ser paciente. Algo en su rostro y en la impresión que me dio su talante me tranquilizó, contradiciendo al mismo tiempo mi hipótesis de hacía un momento. No había maldad ni malevolencia en él, sino un deseo profundo, natural e insistente que parecía dormitar por el momento en una misteriosa previsión de éxito. Se dio cuenta, al parecer, de que su rostro revelaba demasiado. Rió de nuevo brevemente y comenzó a silbar con suavidad.

—Se merece algo mejor que andar escondiéndose por aquí como un ladrón. ¿Qué le parecería ir a América y trabajar de forma honesta?

Tuve una visión momentánea y absurda de ayudarle en su camino proporcionándole una carta de presentación para mi cuñado, que trabajaba en el negocio de la maquinaria.

Se quitó el sombrero y pasó las manos por su pelo.

—¿Cree entonces que estoy destinado a algo bueno?

—¡Si lo desea! Si renuncia a su ociosa idea de “venganza” y confía en arreglar lo que ha hecho mal.

—¿Renunciar...? ¡Imposible! —dijo en tono grave—. Antes le pediría que me cortara el brazo. Esto es lo mismo. Es parte de mi vida. He confiado en aguardar... he esperado cuatro largos meses, pero aquí sigo, tan pobre y desamparado como al principio. No, no, a mí no se me trata como a un perro. Si él hubiera sido justo, yo habría hecho cualquier cosa por él. No soy un tipo malvado, jamás he tenido un pensamiento malicioso. Muy probablemente he sido demasiado simple y estúpido, y estaba resignado a ser pobre y desaliñado. El Señor hace con nosotros lo que le place, y pensó que yo necesitaba un poco de acción. ¡Y vaya si la tengo! Pero ¿pidió su amigo consejo al Señor? ¡No, no! Consultó con su propio egoísmo, y pensó que era suficientemente inteligente como para robar lo dulce y no probar nunca lo amargo. Pero lo amargo llegará, para mi disfrute.

—Esto es solo hablar por hablar. Dígame en tres palabras lo que está tratando de decirme.

—¡Aspetti...! Si va a ir a Roma en coche, como imagino, debería irse ya. Puede perder

su plaza. Tengo el presentimiento de que nos volveremos a ver.

Se alejó y en un momento oí crujir la gran verja de hierro del jardín al girar en sus goznes.

Me encontraba desconcertado y, por un momento, sentí la tentación de quedarme con mis amigos. Pero, por un lado, no veía de qué manera concreta podía protegerles de algún contratiempo y, por otro, mis primas me esperaban confiadamente en Roma. Además, ¿no cabía la posibilidad de que el nubarrón se disipara rápidamente dejando que el proyecto de Angelo, verdad o no, se fuera evaporando? Regresé a Roma de acuerdo con mis planes, pero durante varios días me embargó la sospecha de que algo desagradable y triste —algo extraño en cualquier caso— estaba ocurriendo en Albano. Esta sensación se transformó finalmente en algo tan opresivo que acabé por alquilar un carruaje ligero para regresar de nuevo. Llegué a la hostería hacia el final de la tarde, y sospechaba que no encontraría a mis amigos allí. Efectivamente, habían salido a dar un paseo, y el dueño de la hostería ignoraba qué dirección habían seguido. No tenía nada que hacer excepto pasear por el pequeño y sucio pueblo hasta su regreso. ¿Recuerdas el convento capuchino a las orillas del lago Albano? Caminé hasta allí, y al ver la puerta de la iglesia todavía abierta, entré. La penumbra se amontonaba en los rincones, pero el altar, por alguna piadosa razón, resplandecía con un número sorprendente de cirios, que parpadeaban de forma pintoresca en la oscuridad. Aquí y allá se adivinaba vagamente una figura arrodillada; era una bella muestra de chiaroscuro, y me senté para disfrutarlo. En ese momento me percaté del aspecto de intensa devoción de una joven dama que se sentaba cerca de mí. Tenía las manos unidas sobre las rodillas y la cabeza inclinada hacia atrás. Sus ojos, extrañamente abiertos, permanecían fijos en el luminoso altar. Al calor del hogar es siempre fácil inventarse historias. Esta joven parecía estar leyendo una extática visión a la luz de los cirios. Su expresión era tan particular que por un momento transformó su rostro y me permitió percibir con repentina sorpresa que se trataba de Adina Waddington. Busqué a sus compañeros a mi alrededor, pero era evidente que estaba sola. Me pareció entonces que yo no tenía ningún derecho a observarla de forma encubierta, pero aun así fui incapaz tanto de molestarla como de retirarme y abandonarla. Estando próxima la noche, ¿cómo era posible que no hubiera nadie con ella? Concluí que estaría esperando al resto; Scrope, tal vez, había entrado para ver la puesta de sol desde la terraza del jardín del convento —un privilegio reservado a los hombres—, y Mrs. Waddington estaría paseando por los alrededores de la iglesia, tomando apuntes mentalmente para un boceto. Me alejé, di una vuelta a la iglesia y me aproximé a la muchacha, que se encontraba al otro lado. En esta ocasión mi cercanía la sobresaltó. Apartó los ojos del altar, los posó sobre mi rostro y me miró, pero no dio ninguna señal de reconocimiento. Por fin, se levantó lentamente y advertí que me había reconocido. ¿Se estaba convirtiendo al catolicismo y preparándose para abandonar a sus heréticos amigos? La saludé, pero ella continuó mirándome con una intensa seriedad, como si sus pensamientos la apremiaran más allá de las frívolas cortesías. No parecía nerviosa en lo más mínimo —como había temido que lo estuviera— por haber sido observada;

parecía inquieta y agitada de forma más profunda. Por lo visto, no estaba del todo equivocado al sospechar que algo extraño estaba ocurriendo en Albano.

—Mi querida dama, ¿qué hace en esta iglesia solitaria? —pregunté de forma abrupta.

—Estoy pidiendo luz —repuso.

—¡Espero que la haya encontrado! —respondí sonriendo.

—¡Eso creo! —y se movió hacia la puerta—. Estoy sola —añadió—, ¿me acompañaría a casa?

Aceptó mi brazo y salimos, pero se detuvo frente a la iglesia.

—Dígame —dijo de repente—, ¿es usted muy amigo de Mr. Scrope?

—Si me tiene por tal, debe preguntárselo a él —respondí—. Por mi parte aspiro al menos a tener el honor de serlo.

La vehemencia de su conducta me causó reparo e intenté hallar refugio en el humor.

—Dígame entonces una cosa: ¿soportaría una decepción... una profunda decepción?

Ella parecía suplicarme que dijera ¡sí! Pero presentí que tenía un plan entre manos y por mi parte carecía de autoridad para otorgarle ninguna concesión. La observé durante un momento. Sus solemnes ojos parecieron crecer y crecer hasta que hicieron de su entero rostro una muda súplica.

—No —dije con resolución—; ¡decididamente no!

Suspiró profundamente y continuamos caminando. La muchacha parecía estar absorta en sus pensamientos; no prestó atención a mis intentos de conversación y tuve que esperar hasta que alcanzamos la hostería para averiguar por qué se encontraba sola en su visita a los capuchinos. Sus compañeros habían regresado, y por ellos, tras su bienvenida, supe que los tres habían salido juntos, pero que a continuación Adina se había quejado de fatiga y le dieron permiso para regresar a casa.

—Si me canso por el camino —había dicho—, entraré en una iglesia a descansar.

Se sorprendieron al no haberla hallado en la hostería y agradecían que me hubiera encontrado con ella. Evidentemente, ellos también se habían dado cuenta de que la joven actuaba de una manera extraña. Mrs. Waddington mostraba una sonrisa forzada y Scrope no sonreía en absoluto. Adina se sentó en silencio y cogió su labor. No nos figurábamos, siquiera calladamente, que estuviera nerviosa. Si lo estaba, no se trataba

de un nerviosismo común; reclinaba la cabeza serenamente sobre su bordado y daba las puntadas con una mano que carecía del más ligero temblor. Un poco más tarde, cenamos. La cena transcurrió de forma un tanto opresiva, y una vez terminada, agradecí la propuesta de Scrope de salir a fumar un habano al jardín. Resultaba evidente que el pobre Scrope era infeliz, pero apenas me aventuraba a esperar que me explicara de buenas a primeras lo que pasaba con Adina. Se me ocurrió espontáneamente que ella podría haberse mostrado dispuesta a desdecirse de su compromiso, y di a Scrope unas cuantas oportunidades para que lo dijera, pero era evidente que no podía confiar en sí mismo para expresar sus temores. Con el fin de dar un estímulo a nuestra conversación, le recordé nuestra proximidad a Lariccia, y le pregunté si había alcanzado a ver en alguna ocasión a Angelo Beati.

—Varias —dijo—. Me lo he cruzado en el pueblo y por los caminos unas cuantas veces. Me mira descaradamente y prosigue su camino. Se venga de mí echando fuego por sus ojos negros; ¡ya ves que temible es!

—No se venga en absoluto echando fuego por los ojos —dije entonces—. Merodea alrededor de la hostería por la noche y deambula por el jardín mientras duermes, como si pensara que puede ocasionarte pesadillas por mirar fijamente a tus ventanas.

Y describí nuestro reciente encuentro al amanecer.

Scrope clavó su mirada en mí con gran sorpresa. Entonces, empezó a ruborizarse con una ira creciente.

—¡Maldito idiota entrometido! —exclamó—. Si no sabe dónde debe detenerse, yo se lo enseñaré.

—¡Págale! —exclamé resueltamente.

—¡Compraré una fusta y la probaré sobre su ancha espalda!

Creo que entonces introduje las manos en los bolsillos y me alejé tranquilamente, silbando. Pasara lo que pasase, renunciaba a ejercer de mediador, pero no porque estuviera enojado, pues sentía una lástima algo irracional que aumentaba de forma extraña ante la carencia de flexibilidad de mi amigo. Scrope permanecía de pie, aspirando con melancolía el humo de su puro, y para demostrarle que no me había rendido del todo, le pregunté finalmente si ya se había fijado la fecha de la boda. Poco antes me había indicado que esta cuestión estaba todavía por definir y que Miss Waddington prefería dejarlo así.

Tardó un poco responder, y me miró fijamente.

—¿Por qué lo preguntas justo ahora?

—Bueno, mi querido amigo, amistosa curiosidad —respondí.

Arrojó al suelo nerviosamente lo que quedaba del habano.

—No, no; ¡no es amistosa curiosidad! —exclamó—. ¡Has notado algo, sospechas algo!

Como insistía, confesé que así era.

—Me parece que esa bella muchacha está nerviosa y preocupada, y me preguntaba si habríais discutido.

Él pareció aliviado de que alguien le obligara a hablar.

—Esa bella muchacha es un misterio. No sé qué le ocurre; todo resulta muy doloroso. Es una criatura muy extraña. Jamás sospeché que hubiera un obstáculo a nuestra felicidad... a nuestra unión. Nunca ha reclamado ni prometido nada; no es su estilo ni su naturaleza; siempre ha sido humilde, servicial, delicada, así como extremadamente agradecida ante cualquier muestra de ternura. Hasta hace tres o cuatro días, me parecía que era así más que nunca; pero su habitual delicadeza se ha transformado en una especie de contraído y casi doliente desprecio hacia mis atenciones, mis petits soins, mis tonterías de enamorado. Es como si la oprimieran y la mortificaran... y como si prefiriera que me comportara más discretamente. En un primer momento no me di cuenta de que lo que la apenaba no era el exceso de mi dedicación, sino mi dedicación en sí... el hecho mismo de mi amor y de su compromiso. Cuando lo entendí, fue como si me hubieran abofeteado. ¡No sé qué demonios he debido hacer! Las mujeres son seres incomprensibles. Y sin embargo, Adina no es caprichosa en el sentido vulgar de la palabra. Mrs. Waddington me dijo que se trataba de una actitud juvenil a la que no debíamos darle importancia... que era algo pasajero. He esperado, pero la situación no se arregla. Tú mismo has averiguado que había un problema sin que te dijera nada. ¿Con que estas son las peines d'amour? —continuó, tras reflexionar por un momento—. ¡Ignoraba que estuviera enamorado de tal forma!

No recuerdo con qué insensateces bienintencionadas pretendía consolarle, cuando Mrs. Waddington apareció repentinamente y lo llamó aparte. Tras unos momentos de conversación en voz baja, Scrope regresó rápidamente a la casa. Mrs. Waddington permaneció conmigo. Como parecía profundamente alterada, y dado que ambos habíamos analizado a menudo la situación y las perspectivas de nuestros compañeros, le informé inmediatamente de que Scrope me acababa de relatar los problemas que le preocupaban.

—Han sido muy inesperados —exclamó—. Es como un rayo en un cielo despejado. Justo ahora Adina ha dejado a un lado su labor y muy seria me ha dicho que deseaba ver a Mr. Scrope a solas, y me ha solicitado que le llamara. Le he preguntado

discretamente qué era lo que le ocurría, así como lo que tenía intención de decirle. Me ha mirado un momento como si fuera yo una niña de cinco años que interrumpe las oraciones familiares y levantándose delicadamente, me ha besado y me ha dicho que lo sabría todo a su debido tiempo. ¿Tendrá intención de permanecer en esa misma actitud fantasmal e informar a Scrope de que, en resumidas cuentas, ha decidido no casarse con él? ¿Qué es lo que ha hecho el pobre hombre?

—Ella ya no le ama —sugerí yo.

—¿Por qué así, de repente?

—Tal vez no ha sido tan repentino como usted imagina. Estas cosas ocurren, en los corazones de las jóvenes, como una paulatina revisión de una primera impresión.

—Sí, pero no sin un motivo concreto... sin otro capricho. Sé que Adina es antojadiza; para empezar, y dicho con todo respeto, el que aceptara al pobre Sam fue algo extravagante. Pero si le eligió deliberadamente, ¿qué es lo que le ha hecho cambiar de opinión...? En una palabra, la única explicación posible sería que nuestra joven dama hubiera trasladado sus afectos a otro sitio. ¡Pero eso es imposible!

—¿Absolutamente? —pregunté.

—Por supuesto. Juzgue usted mismo. ¿Quién sería? ¡Dígame! No ha visto a otro hombre durante un mes. ¿Quién podría haberla cautivado tan misteriosamente? ¿El pequeño jorobado que nos trae mandarinas cada mañana? ¡Tal vez ha entregado su corazón al príncipe Doria! Creo que ha visitado su villa, allá lejos.

No fui capaz de sonreír ante este leve sarcasmo. Me preguntaba a mí mismo... al tiempo que me asombraba.

—¿De verdad que no ha visto literalmente a nadie más? —pregunté cuando mi sorpresa me permitió respirar.

—No puedo responder por quien haya podido ver; no es ciega. Pero no ha hablado con nadie más, ni nadie ha hablado con ella, eso es muy cierto. Enamorarse por la vista —únicamente por la vista— solía ser común en las novelas que yo devoraba cuando tenía quince años, pero dudo que eso exista en ningún otro lugar.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero dudé algún tiempo antes de aventurarme a hacerla. Vacilé unos instantes en silencio y finalmente la pronuncié, con una disculpa a modo de prólogo.

—¿En qué lado de la casa se encuentra el dormitorio de Adina?

—Perdone, pero ¿a dónde quiere ir a parar? —dijo mi compañera—. A este lado.

—¿Mira hacia el jardín?

—Allí está, en el segundo piso.

—Por favor... ¿cuál es?

—La tercera ventana... la que tiene los postigos sujetos con un pañuelo.

Los postigos y el pañuelo adquirieron repentinamente para mí una misteriosa fascinación. Los miré durante un tiempo, y cuando dirigí la mirada de nuevo a mi compañera nuestros ojos se encontraron. Ignoro lo que pensó —lo que pensó que yo pensaba. Consideré que podría estar sacado de una novela —una cosa tal como enamorarse por la vista, o que una fantasiosa muchacha occidental mantuviera desde su ventana un mudo diálogo con un apuesto y ofendido joven italiano, en un jardín estrellado. Desde su propia y repentina impresión, Mrs. Waddington pareció retroceder lentamente. Se estremeció, y envolviéndose en su chal, se encaminó en dirección a la casa.

—Lo que hay que hacer —dije, ofreciéndole mi brazo—, es abandonar Albano mañana.

Nos detuvimos en la escalera interior. Mrs. Waddington era reacia a interrumpir la entrevista entre Adina y Scrope. Mientras dudaba acerca de si dar la vuelta, la puerta de su salón se abrió, dando paso a la muchacha. Scrope permanecía de pie tras ella. Se encontraba muy pálido, con el rostro desvirtuado por una emoción que parecía decidido a reprimir. Ella también se mostraba pálida, pero sus ojos brillaban como dos antorchas avivadas por el viento. Al encontrarse con Mrs. Waddington, la joven se detuvo y permaneció un momento ante ella con la vista baja, dudando. Entonces, le tomó ambas manos y la besó en silencio. Después la muchacha se volvió hacia mí y dijo “¡Buenas noches!” extendiéndome su mano, que tomé en la mía, imagino, con una delicada devoción, pues de alguna forma estaba profundamente impresionado. Había una tuerza indefinible en la muchacha, ante la cual uno debía retroceder. Se demoró por un instante y rápidamente desapareció por el oscuro pasillo en dirección a su dormitorio. Mrs. Waddington posó su mano amablemente sobre el brazo de Scrope y le condujo de nuevo al salón. Era evidente que no estaba dispuesto a mostrarse afligido; su orgullo estaba herido y ardiente, lo que alimentaba su autocontrol.

—Nuestro compromiso está roto —dijo simplemente.

Mrs. Waddington cruzó las manos.

—¿Y cuál es el motivo?

—Ninguno.

Era algo cruel, sin duda; pero ¿qué podíamos decir? Mrs. Waddington se hundió en el sola observando al pobre hombre con una muda y maternal compasión. Su lástima, abrumadora y suave, irritaba a Scrope, quien tomó un libro y se sentó dándole la espalda. Yo cogí otro, pero fui incapaz de leer; permanecía sentado observando cómo Scrope nunca pasaba de página. Mrs. Waddington, finalmente, dirigió su mirada hacia mí de forma ansiosa y suplicante; se removía inquieta en su asiento y trataba de transformar los vagos presentimientos que le había sugerido en el jardín en algo que fuera verosímil. En aquel momento no podía ofrecerle ninguna explicación que no hubiera sido una ofensa gratuita a Scrope. Sin embargo, me sentía cada vez más y más nervioso; mis propias y vagas conjeturas me oprimían. Finalmente, arrojé mi libro al suelo y abandoné la habitación. Mrs. Waddington me alcanzó en el pasillo y me pidió que le dijera “en inglés normal y corriente” lo que había querido decir con mis extraordinarias alusiones “a una intriga”.

—No tendría sentido y sería doloroso contárselo aquí y ahora —respondí yo—. Pero prométame que regresarán a Roma mañana. Allí podremos tomar aliento y hablar.

—Oh, ¡nos iremos a toda prisa, se lo prometo! —exclamó. Y nos separamos.

Subí las escaleras para ir a mi habitación y, al hacerlo, escuché cómo su vestido crujía por su indecisión en el pasillo. Entonces se oyó un golpeteo; Mrs. Waddington se había detenido ante la puerta de Adina. Me detuve involuntariamente y escuché. Hubo un silencio, y luego otro golpe; otro silencio y un tercer golpe; después, habiendo perdido aparentemente la esperanza de poder entrar, se alejó, y me introduje en mi habitación. Acostarme era inútil, sabía que no dormiría. Permanecí largo tiempo ante la ventana abierta, preguntándome si tenía algo que decirle a Scrope. Al cabo de media hora, bajé a pasear de nuevo por el jardín y caminé sin rumbo por todos los senderos vacíos. Observé una luz en la ventana de Adina. No, me parecía que no había nada que fuera capaz de decir a Scrope, salvo que debía abandonar Albano al día siguiente y Roma e Italia tan pronto como fuera posible; que esperara un año, y entonces probara suerte de nuevo con Miss Waddington. Cercana la mañana, me dormí.

El desayuno se servía en el salón de Mrs. Waddington. Scrope apareció puntualmente, tan pulcramente afeitado y peinado como si todavía debiera rendir tributo a un par de ojos azules. Era evidente que se sentía menos sereno de lo que aparentaba. Nunca puede resultar agradable encontrarse en el desayuno con la joven que le ha rechazado a uno la noche anterior. Mrs. Waddington se hizo esperar durante un tiempo, pero finalmente apareció con una energía inusual. Su atractivo rostro se mostraba sonrojado de la frente a la barbilla, y en su mano apretaba una nota arrugada. Se arrojó sobre el sola y estalló en lágrimas; apenas tuve tiempo de decir a la sonriente camarera que abandonara la habitación.

—¡Se ha ido, ido, ido! —exclamó, entre sollozos—. ¡Oh, la alocada, malvada y desagradecida niña!

Scrope, por supuesto, no tenía la menor idea de lo que estaba hablando; pero yo la entendí con más prontitud —y aun así creo que emití un largo silbido. Scrope permanecía de pie mirándola mientras ella mostraba bruscamente la arrugada nota: pretendía decir que Adina... que Adina nos había abandonado por la noche, lo que resultó ser un espanto demasiado abrumador para su mente desprevenida. Su aturrido estupor era un signo casi conmovedor de la ausencia de cualquier pensamiento que pudiera haber herido a la muchacha. Advirtió por mi rostro que yo sabía algo, y permitió que cogiera la nota de la mano de Mrs. Waddington y la leyera en voz alta:

¡Adiós a todo! Pensad que estoy loca si os place. Nunca lo podría explicar. Olvidadme y creed que soy feliz, feliz, feliz!

Adina Beati

Posé mi mano sobre el hombro de mi amigo, que incluso entonces parecía incapaz de comprender.

—¡Angelo Beati se ha tomado finalmente su venganza! —pronuncié con seriedad.

—¡Angelo Beati! —exclamó. —¡Un mendigo italiano! ¡Es mentira!

Negué con la cabeza y le di unos golpecitos en el hombro.

—Ha perseguido su recompensa. ¡Es un tipo inteligente!

Se dio cuenta de que yo conocía la historia, y respondió de manera lenta y distraída, con un ardiente sonrojo.

Fue un acontecimiento de lo más extraordinario; dispusimos de largo tiempo para hablar de ello una y otra vez, y aun así nunca llegamos a entenderlo realmente. Ninguno de mis compañeros volvió a ver a la muchacha de nuevo; Scrope solo la mencionó en una ocasión. Durante una semana deambuló de un sitio a otro en un silencio absoluto. Cuando por fin habló, me di cuenta de que ya no había vuelta atrás y de que iba a ser un cínico profesional el resto de su vida. Mrs. Waddington, como he dicho, era una mujer de buen corazón, mejor todavía, era una mujer justa, pero te aseguro que nunca perdonó a su hijastra. En años posteriores, conforme he ido envejeciendo, he sentido una creciente satisfacción por el hecho de, como se dice, haber presenciado este episodio. Como mera acción, me pareció realmente espléndida, y al juzgar la naturaleza humana suelo sopesarla mentalmente en contraste con el espectáculo perpetuo de los intensos impulsos malgastados en debilidad y pervertidos por la prudencia. Es cierto que no hubo prudencia alguna en este caso, pero sí hubo

una pasión ardiente, verdadera y auténtica. Vemos la primera todos los días, y la segunda una vez cada cinco años. En más de una ocasión me aventuré a airear esta herejía ante la bondadosa viuda, pero siempre me interrumpía de forma instantánea. “Aquello fue odioso”, decía, “doy gracias al cielo de que el padre de la muchacha no viviera para verlo”.

No terminamos aquel sombrío día en Albano, sino que regresamos a Roma por la noche. Antes de partir pude hablar con el padre Girolamo de Lariccia, que no me impresionó como el hombre santo que su sobrino había descrito. Era un viejo sacerdote de tez morena y amarillenta y bajo de estatura. Tenía una mirada poco honrada —muy capaz, creí, de enseñar a su atractivo sobrino a jugar sus cartas. Pero no malgasté mis reproches con él; únicamente deseaba saber a qué lugar Angelo había llevado a la muchacha. Conseguí la información con dificultad y solo después de una solemne promesa de que si Adina reiteraba viva voce a una persona enviada por sus amigos la afirmación de que era feliz, estos no tomarían ninguna medida para rescatarla. Se encontraba en Roma, y en esa ciudad sagrada debían dejarla.

—Recuerde —dijo el padre, en voz muy baja—, que es adulta y dueña de sus actos, y que puede hacer lo que desee con su dinero. Tiene una buena cantidad, ¿eh?

Poseía menos de lo que él pensaba, pero era evidente que el padre sabía de lo que hablaba. Fue él, admitió, quien había unido a la joven pareja en matrimonio el día anterior; la ceremonia había tenido lugar en la pequeña y antigua iglesia circular de la colina, en Albano, a las cinco de la mañana.

—Sabe, signor —dijo frotándose lentamente sus manos amarillentas— ¡ella se había encaprichado en gran manera!

Evité hacer cualquier comentario que le diera oportunidad de recordarme que Angelo tenía una rencilla que saldar y, por su parte, expresó la convicción de que su sobrino era el tipo más dulce del mundo. Le escuché y partí en silencio; mi curiosidad, al menos, no estaba satisfecha en lo que a Angelo se refería.

Mrs. Waddington también tenía más curiosidad de la que reconocía; su naturaleza amable se preguntaba, bajo el reproche de su indignación, cómo estaría viviendo la muchacha y si los olores de su inmueble serían efectivamente insoportables. Fue, por tanto, aquella tácita petición la que me llevó a visitar la morada de la joven pareja, en los alrededores de la Piazza Barberini. Las dependencias eran modestas, pero daban a los viejos y pintorescos jardines de los frailes capuchinos, y en lo que se refiere a los olores, no noté nada peor que el intenso aroma de un gran ramo de claveles en una vasija verde sobre el alféizar de una ventana. Angelo permanecía de pie allí, aparentando ser el héroe ideal de su historia de amor al tiempo que desmenuzaba uno de los claveles. Me miró de forma tímida y algo fría al principio, como si estuviera preparado para ponerse firme contra una posible disputa, pero cuando advirtió que no

tenía intención alguna de hacer alusión al pasado, permitió que su moreno semblante dejara traslucir su serena complacencia. No me encontraba más dispuesto de lo que había estado la semana anterior a considerarlo como un mal tipo; pero era cierto que el joven era un misterio —su personalidad era un gran enigma, comparable al del método empleado en su conquista. No pretendo afirmar si estaba enamorado, pero creo que él ya había olvidado cómo le había llegado la felicidad, y se deleitaba en ser adorado con una especie de placer primitivo, natural y sensual. Era como la cálida luz del sol, o como un abundante buen vino. No creo que su suerte le sorprendiera en lo más mínimo; en el fondo de cada auténtico corazón romano, incluso si palpita bajo los harapos de un mendigo, encontrarás el indeleble convencimiento de que todos somos unos bárbaros y que debemos rendirles tributo. Angelo había sido acogido con todas sus grotescas supersticiones, pero ¿qué clase de futuro prometían estas a Adina? Le pedí permiso para hablar con ella. Encogiéndose de hombros, dijo que la muchacha era libre de elegir, y se dirigió con mi petición a una habitación contigua. La elección por parte de ella, al parecer, fue difícil. Esperé un tiempo, preguntándome qué aspecto tendría la joven al otro lado del horrible abismo al que había saltado de forma tan audaz. Adina apareció, al fin, e inmediatamente percibí que estaba contrariada por mi visita. Deseaba olvidar por completo su pasado. Estaba pálida y muy seria y parecía llevar una glacial máscara de reserva. Si antes me había parecido una criatura extraña, no me ayudaba a entenderla el verla allí, junto a su insólito marido. Mis ojos fueron del uno al otro y, supongo, traicionaron mis pensamientos. Ella me solicitó repentinamente que la informara de mi encargo.

—Me han pedido que averigüe si usted es feliz. Mrs. Waddington no está dispuesta a abandonar Roma mientras haya una posibilidad de que... —dudé acerca de la palabra que utilizar, pero ella me interrumpió.

—De que me arrepienta, ¿es lo que trata de decir? —fijó sus ojos en el suelo por un momento, y los alzó repentinamente—. Mrs. Waddington puede irse de Roma —dijo en voz baja.

Me di la vuelta en silencio, pero esperé un momento algún pequeño mensaje de despedida.

—¡Solo pido que se me olvide! —añadió, mientras me observaba.

Se dice que el amor es la pasión egoísta par excellence; si es así, Adina lo había demostrado con creces.

—No puedo prometer olvidarla —le dije—; ¡usted y mi amigo aquí presente merecen que se les recuerde!

Ella se apartó. Angelo pareció aliviado por el cese de nuestra conversación en inglés. Me abrió la puerta y se detuvo un momento con una sonrisa elocuente y deliberada.

—Ella es feliz, ¿verdad? —preguntó.

—¡Eso es lo que dice!

Puso su mano sobre mi hombro, y exclamó:

—¡Yo también lo soy! ¡Ella es mejor que el topacio!

—Es usted un tipo extraño —exclamé; y abriéndome paso, me alejé rápidamente.

Mrs. Waddington concedió a su hijastra otra oportunidad para arrepentirse demorándose en Roma quince días más. Quedó decepcionada porque no fui capaz de llevarle información relativa a cómo Adina había evadido la vigilancia —cómo había puesto en marcha su juego y lo mantuvo en secreto. Por mi parte creía que el galanteo había sido muy breve, y que hasta que ella salió furtivamente de la casa la mañana anterior a su fuga para encontrarse en la iglesia con el padre Girolamo y su sobrino, apenas había escuchado el sonido de la voz de su prometido. Hubo señales, miradas y otros tácitos votos; dos o tres notas, quizás. Mrs. Waddington nunca supo quién era Angelo exactamente y qué nos había garantizado en un principio el honor de sus atenciones. Para ella era suficiente que fuera un italiano pintoresco y sin amigos. Donde todo era un doloroso enigma, una sombra o dos más de oscuridad, apenas importaban. Scrope, por supuesto, nunca intentó dar explicaciones de su propia ceguera, aunque para sus adentros este episodio debió haber sido amargamente extraño. Habló únicamente de Adina, como dije, en una sola ocasión.

Él sabía por instinto, por adivinación —pues yo no se lo había dicho— que yo había ido a verla, y ya tarde en la noche siguiente a mi visita, me propuso dar un paseo por las calles. Era una suave y húmeda noche, con unas masas de nubes vagas y dispersas a través de las cuales la luna flotaba suavemente. Un cálido viento del sur se había introducido por el oscuro corazón de la ciudad. “Vayamos a San Pedro para ver cómo juegan las fuentes a la caprichosa luz de la luna”, dijo. Cuando alcanzamos el puente de San Angelo, se detuvo y asomándose al pretil miró el Tiber. Finalmente, y alzándose de nuevo de forma repentina, preguntó:

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que era feliz.

Permaneció en silencio y continuamos andando. A medio camino sobre el puente, se

detuvo de nuevo y contempló el río. Entonces sacó de su bolsillo un pequeño estuche de terciopelo, lo abrió, y dejó que algo brillara a la luz de la luna. Era el hermoso y aciago topacio imperial. Me miró y supe lo que su mirada significaba. Hizo palpar mi corazón, pero no dije ¡no! La gema dorada con sus crueles símbolos había sido una maldición. ¡Dejemos que regrese al enmohecido submundo del pasado romano! Así una de sus manos con firmeza; él estiró la otra y con un elegante ademán arrojó la brillante joya al oscuro río. ¡Allí yace! Algún día, supongo, excavarán en el Tiber buscando tesoros y probablemente desentierren nuestro topacio y lo identifiquen. ¿Pero quién podrá asociar este apasionado entreacto humano con su sepultura centenaria?